



**KAREN
PERRY**

El sueño inocente

RBA

Título original inglés: *The Innocent Sleep*

© Karen Gillece y Paul Perry, 2013.

© de la traducción: Ismael Attrache Sánchez, 2015.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2015.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

CÓDIGO SAP: OEBO612

ISBN: 9788490561645

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

Prólogo. Tánger 2005

Dublín 2010

1. Harry
2. Robin
3. Harry
4. Robin
5. Harry
6. Robin
7. Harry
8. Robin
9. Harry
10. Robin
11. Harry
12. Robin
13. Harry
14. Robin
15. Harry
16. Robin
17. Harry
18. Garrick
19. Harry
20. Robin

Agradecimientos

PRÓLOGO

TÁNGER
2005

Se avecina una tormenta. Él lo nota en la extraña quietud del aire. No se perciben movimientos, ni la agitación de la ropa, ni un susurro de viento por las calles angostas de Tánger.

Detrás de las cuerdas de ropa tendidas entre los edificios, por encima de los tejados de baldosas, ve una franja de cielo, en el que se observa una extraña cualidad luminosa, un matiz y unos brillos azulados que casi parecen auroras boreales.

Remueve una taza de leche caliente, parpadea y vuelve a contemplar los colores del firmamento, cambiantes y sobrenaturales.

Tras dejar la cucharilla en la encimera, se aparta de la ventana abierta y se acerca adonde se sienta el niño, que muestra un tenso gesto de concentración mientras observa el rompecabezas que tiene ante él.

—Toma —le dice el padre mientras le alarga la taza.

El niño no alza la vista.

—Vamos, Dillon. Tómatelo.

El niño lo mira y tuerce el gesto.

—No, papá, no quiero.

El padre le vuelve a alargar la taza. El niño titubea antes de extender el brazo, y, en ese instante, Harry nota una levísima punzada de indecisión. La ignora y asiente con la cabeza mientras mira al niño para animarlo. Este da unos sorbos largos y lentos. Un hilillo de le-

che se le escapa por la comisura de la boca, y su padre se la limpia. Dillon da otro trago y devuelve la taza.

—Toma, papá —dice—. Ya he terminado.

Harry la coge y se dirige al fregadero para enjuagarla. En el fondo queda un fino residuo de polvo. Llena la taza de agua y observa cómo el residuo va subiendo a la superficie y se desborda y cae al fregadero.

Deja el grifo abierto, llena un cazo y lo pone en el fogón. Cuesta encender el gas; aprieta el mando y pulsa el botón de ignición varias veces antes de que prenda.

Ya ha sacado el cuscús. A continuación, saca un puñado de uvas pasas y las coloca en un cuenco. En la encimera, al lado del aceite de oliva, hay una botella de brandy medio llena. Harry la coge y cubre las pasas con el líquido. Antes de volver a tapar la botella, se acerca la boca del recipiente a la nariz y respira profundamente. Entonces, con rapidez, casi a escondidas, bebe de la botella antes de volver a enroscarle el tapón y de colocarla de nuevo en su sitio, al lado del aceite de oliva.

Vuelve a mirar al exterior y a fijarse en los colores cambiantes del cielo. Quiere comentarle a su hijo algo al respecto, pero no lo hace. Dillon está terminando el rompecabezas, adormilándose.

Harry se pone de nuevo a cocinar. Se echa una pequeña cantidad de aceite de oliva en la mano derecha y con ella impregna el cuchillo de picar. Trocea unos dátiles, los aparta en un cuenco y pasa el dedo por el filo del cuchillo antes de dejar los albaricoques en la tabla de cortar.

Por detrás de las ventanas, en las calles, reina la calma. Normalmente, en ese momento del día, de los apartamentos contiguos llega el ruido ajetreado de la gente que prepara la comida, pero esta noche no se oyen voces fuertes, ni el entrechocar de los platos, ni el silbido de la manteca de cocina, ni los gritos de los bebés con hambre. Una quietud se ha apoderado de esta parte del mundo. Da la impresión de que todos los habitantes de Tánger están conteniendo el aliento.

Mira a Dillon y le dice:

—Hora de irse a la cama.

Su hijo no protesta, solo hace un leve gesto de consentimiento. Harry lo coge en brazos y lo lleva a su cuarto. En él, desviste al niño. Lo deja en camiseta y calzoncillos y lo ayuda a taparse con las sábanas. Le acaricia la mejilla y se inclina para darle un beso en la frente. «Que duermas bien, principito», susurra, pero el pequeño no responde. Ya se ha dormido.

De nuevo en la cocina, Harry se prepara un *gin-tonic*. El día ha sido largo y complicado. Se adhieren a él el calor, las exigencias de su hijo, su propia incapacidad para concentrarse, y hacen que sienta la piel tirante.

Sigue habiendo un ambiente denso, pese a que el calor se ha disipado. Ahora que el niño se ha dormido, puede acabar de preparar la cena. Es el cumpleaños de Robin, y ha planeado una cena especial para celebrarlo.

Enciende el horno, le quita la tapa al cordero que hay en la encimera y lo condimenta con sal gruesa; a continuación impregna la carne de romero y orégano y la mete en el horno. Mientras lo hace, echa un vistazo al cielo y se pregunta cuándo descargarán las nubes y cuándo empezará el aguacero.

En Tánger, la lluvia puede tener dimensiones bíblicas. Las lluvias torrenciales pueden durar días. Esa fue una de las cosas que más les sorprendió cuando se instalaron aquí, cinco años antes. Ahora anhela que se produzca uno de esos chaparrones para que despeje el aire y disipe ese ambiente encapotado y opresivo.

El dolor que siente en toda la cabeza no se ha mitigado, a pesar de la ginebra. Mira el viejo reloj de encima de los fogones y se sirve otra copa.

El timbrado del teléfono lo sobresalta.

—¿Va todo bien? —pregunta Robin.

—Sí. Dillon se ha dormido y estoy preparando la cena.

—¿Se ha dormido?

Ese tono de sorpresa lo saca de quicio.

—Estaba agotado.

—Oye —añade ella; Harry nota en su voz que le va a pedir un favor—. Simo se ha ido a casa porque estaba malo, y le he dicho a Raul que me iba a quedar un rato más para sustituirlo.

—Pero si es tu cumpleaños...

—Solo serán un par de horas, nada más.

Se queda callado.

—Seguirá siendo mi cumpleaños cuando llegue a casa —aduce ella.

Él apura la copa y coincide en que sí, seguirá siendo su cumpleaños cuando llegue a casa.

Se despide, cuelga y se prepara otra copa. Tendrá que ser la última hasta que llegue ella. No quiere emborracharse y estropearle las cosas.

Esta noche, con ese dolor de cabeza, con la incómoda sensación que flota en el ambiente, está inquieto como un gato y anhela el consuelo que le brinda la presencia de Robin. Por algún motivo, no quiere estar solo. De modo que se entretiene guardando juguetes, recogiendo libros y volviendo a colocar cojines en el sofá.

Organiza el desorden de la mesita y barre el suelo de baldosas. La casa vuelve a ser la que era, el espacio bien arreglado que se ha convertido en su hogar: el sofá desgastado pero cómodo, la cortina de cuentas que separa la estancia de la minúscula cocina, la esquina de al lado de la ventana en la que varios montones de lienzos se apoyan contra la pared. Hasta la mesa de madera en la que cenar está ordenada. Harry se enfada con Robin: a lo mejor no habría mandado a Dillon a la cama tan pronto si hubiera sabido que ella iba a llegar tarde.

Aun así, intenta no desanimarse y empieza a poner la mesa. Cuchillos, tenedores, servilletas, pero ¿dónde están las velas?

Ese mismo día ha comprado cuatro velas blancas y sin olor en el zoco, un rollo de tela de lino, de color azafrán, para cubrir el sofá, y una bandeja fundida en plata, grande, recargada y decorada con una delicada filigrana de volutas y florituras. La bandeja es un regalo

para Robin; ha pasado veinte minutos regateando antes de comprarla. Y solo ahora se da cuenta de que se la ha dejado, junto al resto de cosas, en casa de Cozimo.

No tenía pensado pasar por su casa. Ha sido algo improvisado. Harry ha lamentado casi de inmediato haber llevado a Dillon. Cozimo no está acostumbrado a estar con niños, menos aún en su casa. Dillon ha empezado a aburrirse y a ponerse irritable mientras Harry estaba charlando con Cozimo, y pasado un rato el niño ha empezado a darle tirones del brazo y a quejarse en voz alta, de modo que la visita ha terminado bruscamente; Harry ha cogido al pequeño en brazos, se lo ha llevado y ha dejado a su amigo sumido en un estado de agradecido sosiego.

—Joder —dice con un suspiro, mientras intenta pensar qué hacer.

Lo primero que se le ocurre es llamar a Cozimo. Pero Harry sabe lo que esto implicaría: su amigo se empeñaría en llevarle lo que se había olvidado, le pediría algo de beber a cambio del esfuerzo realizado y, antes de que cualquiera de los dos pudiera darse cuenta, estarían charlando animadamente; la cena se echaría a perder, Cozimo se acomodaría, la velada iría camino de la ruina.

Harry va a ver cómo está el pequeño. Lo encuentra profundamente dormido, y sabe que más vale no molestarlo. Además, la casa de Cozimo no queda lejos, se llega dando un corto paseo colina abajo. Puede ir y volver en diez minutos. Lo mejor es hacerlo en ese momento, de prisa, antes de que empiece a llover.

Tras echarle un último vistazo al niño dormido, baja apresuradamente la escalera y entra en la librería vacía y en penumbra, ahora que la luz de la tarde está desapareciendo y que, en el exterior, el cielo está oscuro e inquietante. Sale a la calle, cierra la puerta y echa a andar con aire decidido por la calle estrecha.

El persistente silencio de las calles lo incomoda. Levanta la vista y atisba a una mujer con velo que lo observa desde lo alto, y que enseguida se aparta de la ventana y desaparece.

En algún lugar cercano de un laberinto de callejuelas ladra un perro, y él no puede zafarse de su sensación de inquietud. La ginebra,

en vez de suavizar las cosas, ha logrado de un modo u otro agudizarle la ansiedad.

Pero ¿qué motivos tiene para angustiarse?

Ha dejado solo al chico. Unas punzadas de culpabilidad lo llevan a apretar el paso, y llega a la esquina medio caminando y medio corriendo.

El cartel de neón de encima del bar emite un sonoro zumbido sibilante cuando Harry pasa por delante. Es consciente del aspecto tan extraño que ofrece: un hombre blanco que atraviesa a toda prisa esas calles. No se detiene hasta llegar a la recargada puerta y pulsa el timbre con mucha fuerza.

Pasa un instante antes de que le llegue el murmullo que producen unas babuchas de cuero suave al rozar el pavimento de piedra, detrás de la puerta. Aparece una figura menuda ataviada con una chilaba, y cuando Cozimo se acerca, el gesto de perplejidad desaparece de sus rasgos ajados y alza una mano para saludar.

—Amigo mío —dice mientras abre el cerrojo.

Justo mientras el pestillo se está descorriendo, mientras se desliza por el pasador con un chirrido metálico, Harry lo oye: un sonido replicante, más fuerte, más violento y más aterrador que el primero.

No se perciben el estallido de un relámpago ni el estruendo de un trueno. El chasquido, cuando llega, no lo hace desde arriba, como él había imaginado; lo siente en las plantas de los pies.

Surge un rumor sordo de las entrañas de la tierra. El suelo empieza a temblar. Trata de apoyarse en la pared, pero el muro se mueve y la puerta tintinea al chocar con los goznes de hierro.

Bajo sus pies, el suelo se mueve como si fuera líquido. Hay una convulsión tremenda en la tierra. El mundo se llena de un rugido gutural y del sonido del cristal al romperse, de tejas que caen, y de los aullidos de la madera al desgarrarse.

Debajo de Harry, el suelo late, la tierra empieza a abrirse y él nota que el corazón le da un vuelco en el pecho.

De algún lugar de la calle le llega el silbido del gas que sale de unas tuberías rotas, y, mientras se da la vuelta para acercarse a la

pared, ve cómo el edificio de enfrente oscila y se balancea; la construcción se mueve de un lado a otro sobre los cimientos, aparece una columna de humo a lo lejos, el olor a gas se apodera del ambiente, y justo cuando Harry está pensando que el edificio va a desplomarse, todo se detiene.

El suelo queda en silencio. El rugido se apaga. La furia subterránea se va mitigando.

Se queda donde está, con la espalda pegada a la pared, las manos extendidas a ambos lados. El edificio que ha estado contemplando recobra el equilibrio.

El miedo le paraliza el cuerpo entero, y tarda unos instantes en tranquilizarse. Se le relajan los músculos; sus articulaciones recuperan el movimiento.

—Este ha sido gordo —dice Cozimo con la cara pálida, los ojos aún muy abiertos del miedo.

Harry está a punto de decir algo, pero no lo hace.

«¿Qué?», quiere preguntar Cozimo, pero tiene la garganta seca y Harry ya se ha marchado.

Pasa a toda prisa por delante del bar, cuyo cartel de neón ha caído a la calle, donde chisporrotea y suelta chispas eléctricas antes de apagarse. La calle entera se ha quedado sin luz. Reinan el silencio y un velo de tranquilidad inquietante, pero no por mucho tiempo.

Se rompe esa frágil paz cuando la gente empieza a pasar por su lado a raudales. Se lanzan colina abajo, huyen de sus casas empujados por el miedo: miedo a las réplicas que seguirán, miedo al inminente derrumbe de esos edificios endebles.

Da la impresión de que solo Harry avanza colina arriba entre jadeos, mientras el corazón le late como un loco.

Mientras corre, Harry oye que comienzan los alaridos y los llantos. Se abren las puertas y la gente sale de sus casas, algunos aturdidos y perplejos, otros llevados por el pánico. Un hombre pasa deprisa por su lado con tres niños en brazos. Una mujer se tropieza frente a

su puerta, llorosa y ensangrentada, con una brecha de color carmesí encima de un ojo.

En la esquina, un hombre exclama una y otra vez:

—¡Alá lo ha mandado, Alá!

Harry se detiene para recobrar el aliento. Una mujer se le abraza al cuello. Él la aparta y huye.

En torno a él, los edificios se tambalean y se alzan las llamas. A ambos lados hay gente llorando, rezando, pidiendo ayuda. También los animales, aves y bestias chillan.

Harry sigue corriendo de forma frenética. Después, en el hotel *Mediterranean*, distingue a tres hombres en el tejado. Antes de que esos hombres enloquecidos caigan al vacío cuando el tejado se venga abajo y de que se abrasen vivos en el edificio en llamas, un oficial del ejército que se encuentra allí ordena a sus subordinados que los maten a tiros, y estos obedecen con rapidez y precisión, ante una atónita muchedumbre de espectadores.

Parece el fin del mundo.

Hay polvo por todas partes.

Lo aspira, tose y escupe saliva, le lloran los ojos, se le seca la boca. La nariz se le llena de humo. Ve cómo arden los edificios, cómo prenden las lenguas de fuego en las puertas y en las ventanas.

Llega desde lejos el ulular de las sirenas. Y otros sonidos: los estruendos repentinos de los edificios que se derrumban, el golpe seco de los ladrillos que caen a la calle, el chasquido de la madera de los aleros que ceden y se rompen.

Harry sigue corriendo. Un edificio queda apoyado en el adyacente, como si el cansancio y la vejez lo hubieran debilitado y ya no pudiera aguantar más.

De las grietas del pavimento sale agua a borbotones, mezclada con arena. Un lodo hediondo llena la callejuela y se le pega a los pies.

En la esquina de su calle, la fachada de la panadería se ha desmo-

ronado y ha dejado expuestas habitaciones en las que los muebles siguen de pie.

Ve una cama y un sofá, unas cortinas que ondean a la intemperie.

A medida que va llegando a la calle en la que vive, el aire se vuelve más denso y forma una nube enorme que llega a alcanzarlo.

Se queda inmóvil.

Alrededor de sus pies nota un aleteo y una agitación. Mira hacia abajo y ve cientos de libros desparramados por la calle.

Donde se abre un claro, el cielo se ve liso y oscuro. Los edificios que no se han desmoronado ofrecen un aspecto amarillento y árido.

Recorre las ruinas con la mirada. Recuerda un momento anterior de esa noche: él está en el estrecho pasillo, con su hijo dormido en brazos; casi puede percibir de nuevo la suavidad de la piel y el calor del cuerpo del niño.

Y aún debe hacer frente a otra realidad pasmosa: el edificio en el que ha trabajado, dormido, amado, ejercido de padre, pintado, acostado a su hijo, en el que ha vivido y al que ha llamado su hogar, se ha esfumado de forma simple e irrevocable; sumergido en la tierra, engullido, aniquilado.

DUBLÍN
2010

1

HARRY

Robin seguía dormida cuando salí de casa. Quise despertarla, contarle que acababa de nevar. Pero cuando me aparté de la ventana y la vi tumbada, con el cabello esparcido sobre la almohada, el suave sube y baja de su respiración, con los ojos cerrados y el rostro en paz, decidí no hacerlo. Llevaba una temporada cansada; al menos eso me había parecido. Se quejaba de que le dolía la cabeza y de que no dormía bien. Así que la dejé tranquila y, al salir, cerré con cuidado la puerta del dormitorio. Bajé al piso inferior, cogí las botellas de vino vacías de la mesa de la cocina, las saqué fuera y me marché sin desayunar ni tomar un café. No hacía falta que dejase una nota. Ella sabría dónde estaba.

El aire frío resultaba vigorizante. Volví a arrepentirme de haber bebido mucho la noche anterior, del mismo modo en que lo había hecho en tantas otras ocasiones, pero en ese ambiente frío y estimulante, me invadió una renovada sensación de bienestar. Albergaba un sinfín de buenas intenciones. Iba a pasar página, a llevar una existencia sana, a vivir de forma más plena y sincera. No era solo el aire de la mañana. ¿No le había dicho aquello a Robin la noche anterior?

—Eres un hombre con buenas intenciones.

—Las mejores.

Robin había sonreído al oír mi respuesta. La suya era una sonrisa generosa, una sonrisa con la que reconocía la debilidad de mi interior y que, en cualquier caso, me perdonaba. Después de lo de Di-

llon, su bondad no había desaparecido, cuando podría haberlo hecho muy fácilmente. No se lo habría reprochado. No se había vuelto insensible. En líneas generales, había seguido siendo quien era, a pesar de todo lo que nos había tocado vivir.

Aunque había veces en las que algo que decía o hacía me sorprendía tanto que me hacía detenerme y ver a mi mujer como por primera vez.

«A eso se le llama estar casado», me aseguró una vez mi amigo Spencer. Como hombre soltero, o «libre de ataduras», como solía recalcar, solía ofrecer reflexiones sobre la vida matrimonial. En una ocasión, cuando me quejé de que el anillo de casado me apretaba demasiado, respondió con un conciso: «Esa es la idea».

Robin y yo seguíamos hablando como lo hacíamos antes, seguíamos abriéndonos el uno al otro, pero, como les sucede a todas las parejas que llevan mucho tiempo juntas, llega un momento, a veces, en una conversación vespertina, en la que ya sabes lo que la otra persona va a decir, dejas de escuchar y te vas a la cama. Y esa noche, anoche, eso fue justo lo que pasó. Estaba a media frase cuando Robin se puso en pie bruscamente, se agachó, me calló con un beso y dijo, de forma sencilla e inexpresiva: «Buenas noches». No tendría que haber permitido que eso me molestara. Había estado parlotando, seguramente en un sinsentido, y su repentina salida de la cocina me había llevado a abrir otra botella de vino y a trasnochar una vez más.

Hoy, sin embargo, era distinto. Hoy iba a ser un día de nuevos comienzos. Había aparecido la nieve para anunciarlo, para despertarme y recordarme que íbamos a empezar de cero. Estaba terminando la jornada y cerrando las puertas de mi estudio del centro de Dublín. «El final de una época», había comentado Spencer en tono burlón. A partir de entonces, yo iba a trabajar en el garaje de casa. Así ahorraríamos el dinero que tanta falta nos hacía para reformar la vivienda en la que acabábamos de instalarnos. Había sido de los abuelos de Robin, y ahora era nuestra. Para ella, la casa guardaba muchos recuerdos. Y, aunque el barrio residencial de Monkstown no